

HISPANIA



SUMARIO

PORTADA, por *Llimona*.—MIME, por *Mariano Fortuny*.—EL ALTO DEL CENTINELA, por *Francisco Barado*; ilustración de *R. Navarro*.—APUNTES, por *R. Domingo*.—RÁFAGAS, por *A. Avilés*.—TRASEGANDO, por *ℑ. Mir*.—VENDIMIA, por *ℑ. Mir*.—IMPASIBLE BONDAD, por *A. Riera*; acuarelas de *Mas y Fondevila*.—LAS VERBENAS, por *R. Marín*.—D. JUAN VALDÉS RUBIO.—VARIEDADES.

La semana próxima publicaremos un Número Extraordinario dedicado exclusivamente á nuestro Prelado



MARIANO FORTUNY.—MIME

EL ALTO DEL CENTINELA (*)



En los aciagos días que siguieron á la entrada de los ejércitos franceses en la Península, Galicia fué una de las regiones españolas que más se distinguieron defendiendo la independencia nacional. Nobles y plebeyos, clérigos y seglares, grandes y chicos, uniéronse sin vacilación alguna y dispusieron á sacrificar vida y haciendas en aras de la Patria. Constituyéronse juntas, organizáronse regimientos, estableciéronse fábricas y parques, y el paisanaje armado no contribuyó menos que el ejército al aniquilamiento del invasor. Bien es cierto que la conducta de éste era para soliviantar á los más pacíficos y para mover á los menos animosos. Pero de las mismas tropelías que los extranjeros cometían sacaron partido los españoles; porque el merodeo y el pillaje, con sus excesos y sus infamias, no es lo que menos desorganiza, desmoraliza y quebranta á un ejército regular. Eran, por otra parte, los hombres de aquellos años, gente de verdadera fibra, como educados en la austeridad y en la virtud, y estaban por añadidura aquellos guerreros acostumbrados á vencer sin grandes resistencias á pueblos en apariencia más poderosos.—

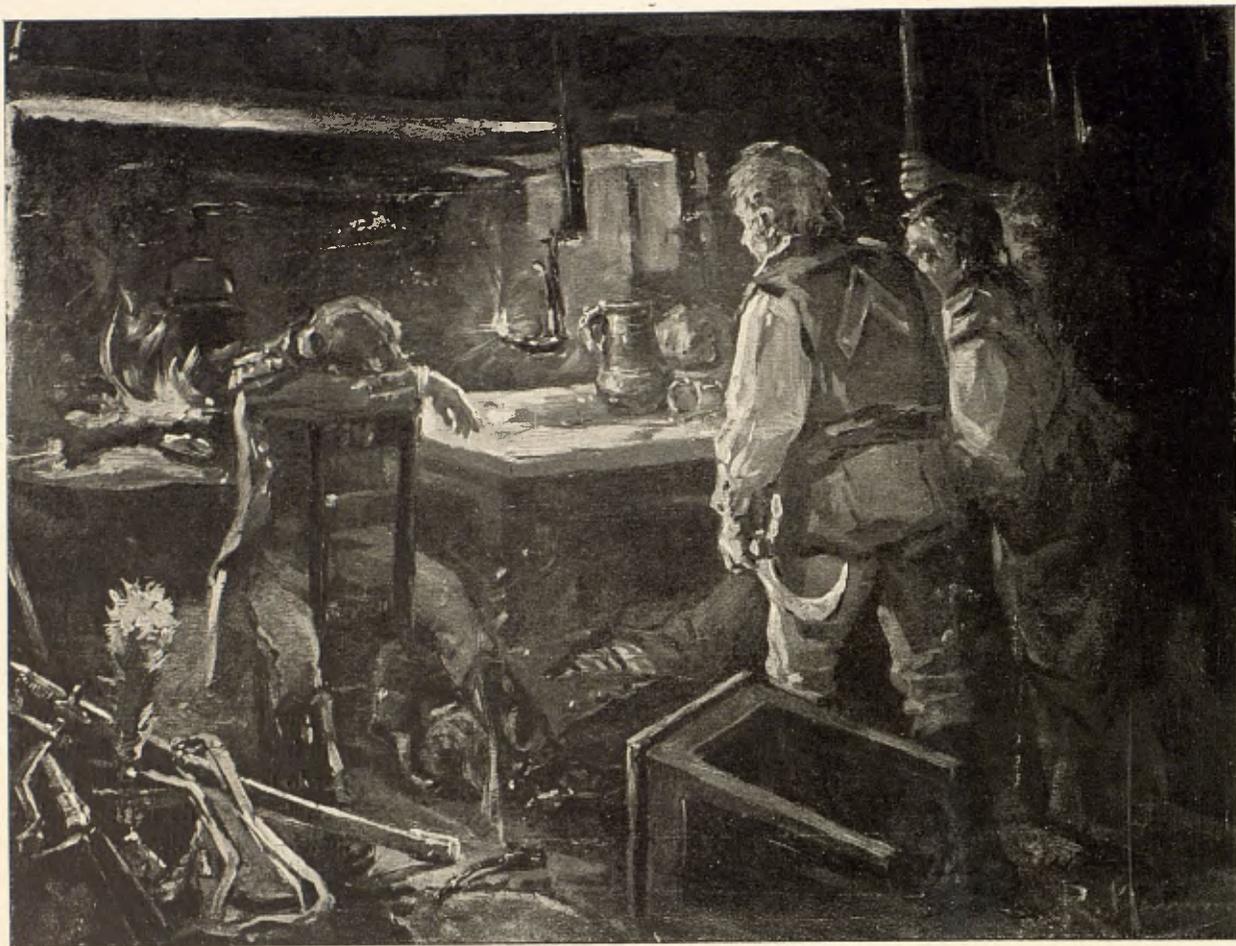
Con estas frases comenzó su relato el Señor de Carrizosa, un retirado setentón á quien se lo oyó allá por los años 1867 en la histórica ciudad de Santiago. Y en verdad que no deja de ser interesante.

— Lo cierto es — añadía — que aquellos ejércitos de Napoleón eran dignos de impresionar á gente menos curada de sustos que los españoles. Había regimientos de todos colores, nombres y procedencias. Húsares azules y rojos con pellizas cubiertas de cordones de oro, sable corvo y enorme portapliegos; lanceros polacos, blancos y amarillos, con el airoso *chascós* cubierto de plumas; coraceros de alto penacho y reluciente peto; la infantería con el enorme morrión y la casaca azul cruzada por el blanco correa; los artilleros, no menos lujosos que los jinetes, con su oscuro uniforme con vueltas rojas; y

entre todas estas tropas la Guardia imperial con sus colosales gorras de pelo empenachadas, sus grandes casacas y su calzón blanco, gente ésta que no menos llamaba la atención por el uniforme que por su alta talla y su aspecto curtido y veterano. Nunca se vieron uniformes más variados y llamativos, ni tipos más exóticos, ni arreos más deslumbradores. Pero, lo repito, la impresión que todo ello producía en nuestro pueblo no era tan poderosa que bastara á borrar el sentimiento de hostilidad y de resistencia que aquel ejército despertaba. Llegaba éste orgulloso de sus victorias, poseído de su instrucción y de su valor y más poseído todavía de que el pueblo español era un pueblo embrutecido y postrado, sin iniciativas y sin organización, en peores condiciones, por lo tanto, que los que acababa de vencer y humillar. Y la falsa idea de las condiciones de España fué tan perjudicial á Napoleón como á sus



(*) Este episodio está basado en un curioso librito que, con el título de *Proezas de Galicia explicadas bajo la conversación rústica de los dos compadres Chinto y Mingote*, se publicó en la Coruña en 1810.



soldados. Muy otra hubiera sido si no la conducta de aquél y de éstos con los españoles. Pero á esta idea uni6se otra circunstancia que no cabe tener en olvido, y es que á los invasores subi6seles á la cabeza el vino de España.

Las primeras columnas que pisaron el territorio gallego no guardaban, por regla general, grandes precauciones. Diseminábanse los soldados por pueblecillos y alquerías, y, sin parar mientes en el odio de los aldeanos, entrábanse por cocinas, bodegas y corrales, en los que daban buena cuenta de hogazas, gallinas y conejos, rociando tan copiosamente lo comido que rara vez terminaba el yantar sin que los comensales rodaran por los suelos convertidos en verdaderas cubas. Esta era la ocasión en que los campesinos caían sobre ellos y los degollaban, arrojando luego sus cuerpos á los pozos, simas ó ríos, con objeto de borrar la huella de la matanza. El toque de corneta sonaba en balde para muchos desperdigados. En los alojamientos no era raro que al sueño del extranjero siguiera la muerte. Hombre ó partida suelta que fuesen sorprendidos en camino ó vereda, eran blanco de los fuegos del paisanaje, que disparaba á mansalva, protegido por asperezas y espesuras. Esto desesperaba á los generales y jefes enemigos, y ahora mismo recuerdo las frases que atribuían á Soult los gallegos: *Une fraire gon cinconte omi tenibü el atrevimant de fazer frent a un exercite bitorioso como el de moa: esti seti farsa, futre; é de afusilé tuti.*

Pues... sucedió que como, por efecto de estas sorpresas

y degollinas, los jefes franceses dieran órdenes más severas á sus soldados y dispusieran mejor sus alojamientos, también los aldeanos hubieron de mostrarse más cautos y más astutos. Tenían que apelar á los rebatos, guerrillas y emboscadas, luchando sólo cuando las probabilidades de triunfo no eran dudosas; porque las ordenes del enemigo eran severas y la menor sospecha motivaba un fusilamiento. Pero esto no amilanó á mis paisanos. Y en prueba de ello voy á contaros uno de tantos episodios, que, si bien sencillo, pinta la osadía y la fiera de aquella gente.

Era uno de los primeros días del invierno de 1809, año de terrible recordación para los españoles. Muchas familias residentes en las ciudades habían emigrado á los campos; otras, temerosas de las correrías de franceses y guerrilleros, tomaban el camino de la ciudad. La mía se hallaba en aquéllos desde los primeros días del año anterior; pero también nos alcanzaban los estragos de la guerra, y también contribuían mi padre y hermanos á la defensa tomando parte en algunas algaradas y rebatos. En estos casos nos capitaneaba Mingote, el hercúleo Mingote, un mocetón de la comarca, gran cazador y experto práctico, valeroso y atrevido como pocos y fanático como ninguno. Contaba yo sólo trece años, y, aunque mi edad no me permitiera contribuir muy eficazmente á tales empresas, ello es que llegó un instante en que quise poner á prueba mis fuerzas, y ofrecíme á Mingote para llevar las municiones en cierta correría proyectada por éste. Sabíase que el ene-

migo se hallaba en unos pueblecillos vecinos, con alguna avanzadilla sobre la carretera que conduce á Monforte, y tratábase de darle una sorpresa. Para ello se eligió el amanecer de uno de los primeros días de Diciembre. Creyóse que el frío y la niebla facilitarían la correría. Además dejó en paz al enemigo desde algunos días antes. Degollados los centinelas que vigilaban el campo, fácil sería acuchillar á las desprevenidas guardias. El resto se dejaba á la casualidad.

Como se ideó, realizóse el plan.

Mingote, yo y tres mozos muy ágiles y corredores nos dirigimos á un cabezo que dominaba la llanura, envuelta por una niebla densa y oscura. No había amanecido y pudimos oír el último alerta del centinela. Trepamos con el mayor cuidado por la maleza y llegamos anhelosos á corta distancia de éste. No nos oyó. Su silueta destacábase confusa entre la niebla. Cantaba, cantaba con voz queda un aire de la patria... Entonces se adelantó Mingote, y, antes de que alarmado pudiera el centinela dar un solo grito, ya aquél le oprimía el cuello entre sus manos de hierro. Fué obra de un segundo. Cuando los demás camaradas llegamos, el soldado estaba en tierra, sujeto por las rodillas y brazos del fornido gallego.

Pero... aquel soldado no era un veterano de los ejércitos imperiales. Era un adolescente, casi un niño, rubio, fino, delicado, simpático. Sus ojos azules reflejaban el temor y la súplica. Cuando se vió rodeado por nuestra gente y se dió cuenta de su suerte, sólo acertó á decir estas palabras:

— *Seti alemán, seti alemán, cristiano.*

¡Pobrecillo! Era uno de tantos extranjeros como nutrían los ejércitos franceses, y en aquel terrible trance no acertaba á encontrar palabra más eficaz para mover nuestra compasión que el nombre de cristiano.

Pero Mingote era un mozo tan duro de alma como de cuerpo.

— E ¿que xente é esa? — preguntó á sus camaradas.

— Son os compañeiros dos franceses, que beñen á axudarllos, — le contestó Chinto, su vecino.

— Esos son os que eu busco, — replicó Mingote; — poix xa que é alemán que diga o credo, que si fora francés, nin astra eso lle deixaba, porque xa estam qondenados.

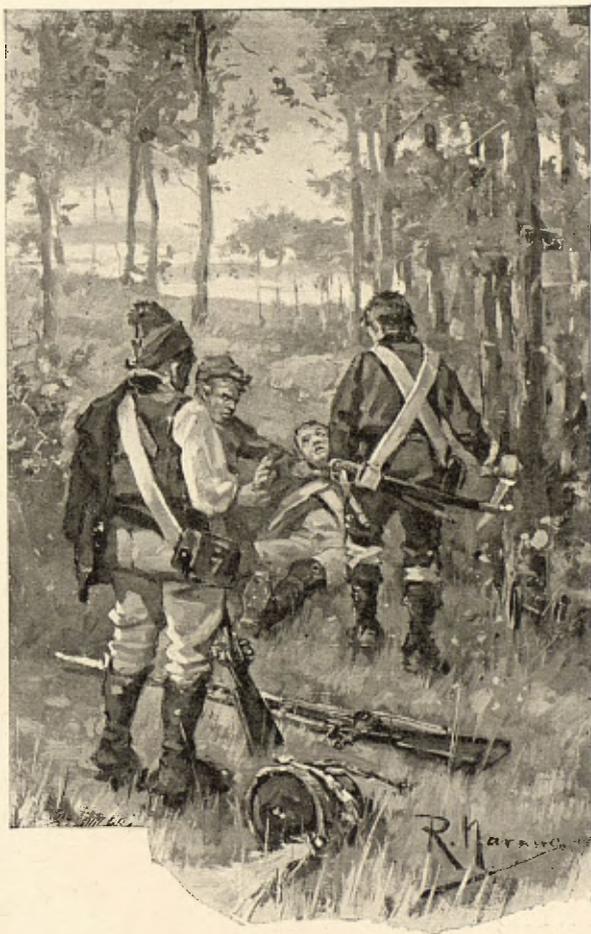
Y en balde repitió el infeliz: *Seti alemán, cristiano*, porque un tremendo cuchillazo de Mingote le dejó sin vida.

La sangre del pobre mozo manchó la blanca alfombra de escarcha; sus ojos azules quedaróse mirando al cielo, contraída y desencajada la faz por las angustias de aquel sacrificio terrible é inesperado... Han pasado muchos años, y aun parece que contemplo esta escena de fría crueldad, que veo entre la niebla la borrosa silueta del pobre soldado y que oigo el dulce cantar quizás aprendido en las márgenes del viejo Rhin. La niebla que envolvió este episodio no favoreció del todo la sorpresa del destacamento. Advertidos por casualidad los franceses, hicieron frente á los nuestros y los rechazaron sin gran esfuerzo.

Cuando á todo correr atravesábamos aquellos campos, saltando arroyos y zanjas, de regreso á nuestros refugios, todavía pudimos ver las llamas de una inmensa hoguera que destruía los pueblecillos. ¡Cuánta víctima inmolada estérilmente!... Algunas veces, en el transcurso de mi vida, sobre todo estando *de facción*, he recordado al soldadito alemán; y si por acaso llegué hasta el lugar en que ocurrió esta escena, no he dejado de descubrirme y de saludar con respeto *el alto del centinela*, que así lo hemos llamado desde entonces. El

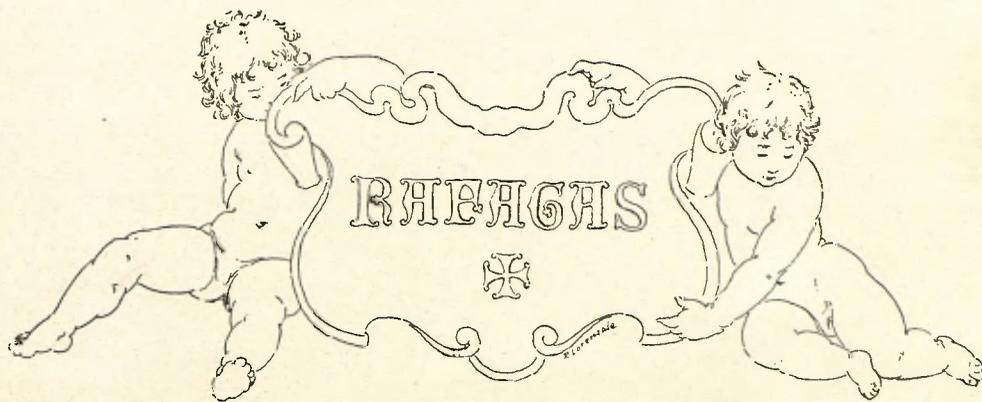
nombre de *cristiano* no debe haberse dado para los hombres que se encuentran cara á cara con el odio en el alma y el acero en la diestra. Por lo menos en aquella ocasión sólo valió á la víctima *un credo*... que no era poco tratándose de un ejército de condenados.

FRANCISCO BARADO





ROBERTO DOMINGO.—APUNTES



(APUNTES DE MI CARTERA)

Va á partir el tren para Sevilla.

Á la bella y alegre capital andaluza se dirige la enamorada pareja que acaba de recibir la bendición nupcial.

Yo, que presencio desde el andén la despedida de los novios por deudos y amigos, sorprendo en las miradas de los recién casados chispas de amorosos efluvios.

Coincidiendo esta observación con el anheloso resuello y el apresurado rodar del tren, me recuerda aquel terceto del Dante :

« *Cualí colombe dal dissio chiamate,
Con l'alli aperte e ferme al dolce nido
Volan per l'aer, dal voler portate...* »

Y, mientras doy la vuelta á mi tibio hogar de soltero, entreténgome en traducir así los apasionados versos de la *Divina Comedia* :

«Cual palomas que, á impulsos del deseo,
Volando por el aire, al dulce nido
Amantes van, con rápido aleteo...»

* * *

— (*Hablando*) ¡ Cuánto celebro verle á V.!

— (*Pensando*) ¡ Cuánto siento encontrarte, antipático, pesado, chinche! Ahora me vas á secuestrar una hora para hacerme perder el tiempo oyendo sandeces!!!

* * *

Un mendigo nota que uso lentes, y me dice :

— Señorito, un centimito por Dios, y para que le conserve á V. esa divina vista!

Es decir :

— Socórreme, si no por caridad, por egoísmo.

Lo cual representa en el mendigo bastante conocimiento del corazón humano y... del arte de pedir con fruto.

* * *

¿ Quién puede á veces separar en el mundo lo tétrico de lo jocoso ?

Encuentro á Basilio, antiguo y honrado capataz de campo, y, viéndole de luto, le pregunto :

— ¿ Qué es eso, Basilio ? ¿ Por qué va V. de negro ?

— ¡ Ah, señor! — me contesta con voz acongojada; — ¡ porque hace ocho días que he tenido la *probabilidad* de perder á mi esposa !

* * *

Entro en casa de mi amigo X***, á donde voy á visitar á un individuo de su familia, huésped allí para pocos días.

Pregunto por él, y me dice X*** :

— Ayer se marchó. Por cierto que hemos sentido que haya estado aquí tan corto tiempo.

Entonces Conchita, una niña muy linda y muy parlera, exclama :

— Papá : pues ¿ no le decías ahora mismo á mamá : « ¡ Gracias á Dios que se marchó tu primo ! » ?

* * *

Al hacer su visita de despedida un joven paleta, díjole el dueño de la casa :

— Ya sabe V. que aquí se le estima muy de veras: conque mande V. lo que guste.

Y el paleta contestó :

— Pues mandaré una carguita de melones, que es lo mejor que hay en mi pueblo.

* * *

Encuétranse en la calle dos amigos que no se han visto en muchos años, y dice el uno :

— ¡ Chico, qué viejo estás! ¡ Parece mentira que seamos contemporáneos !

Y el otro contesta :

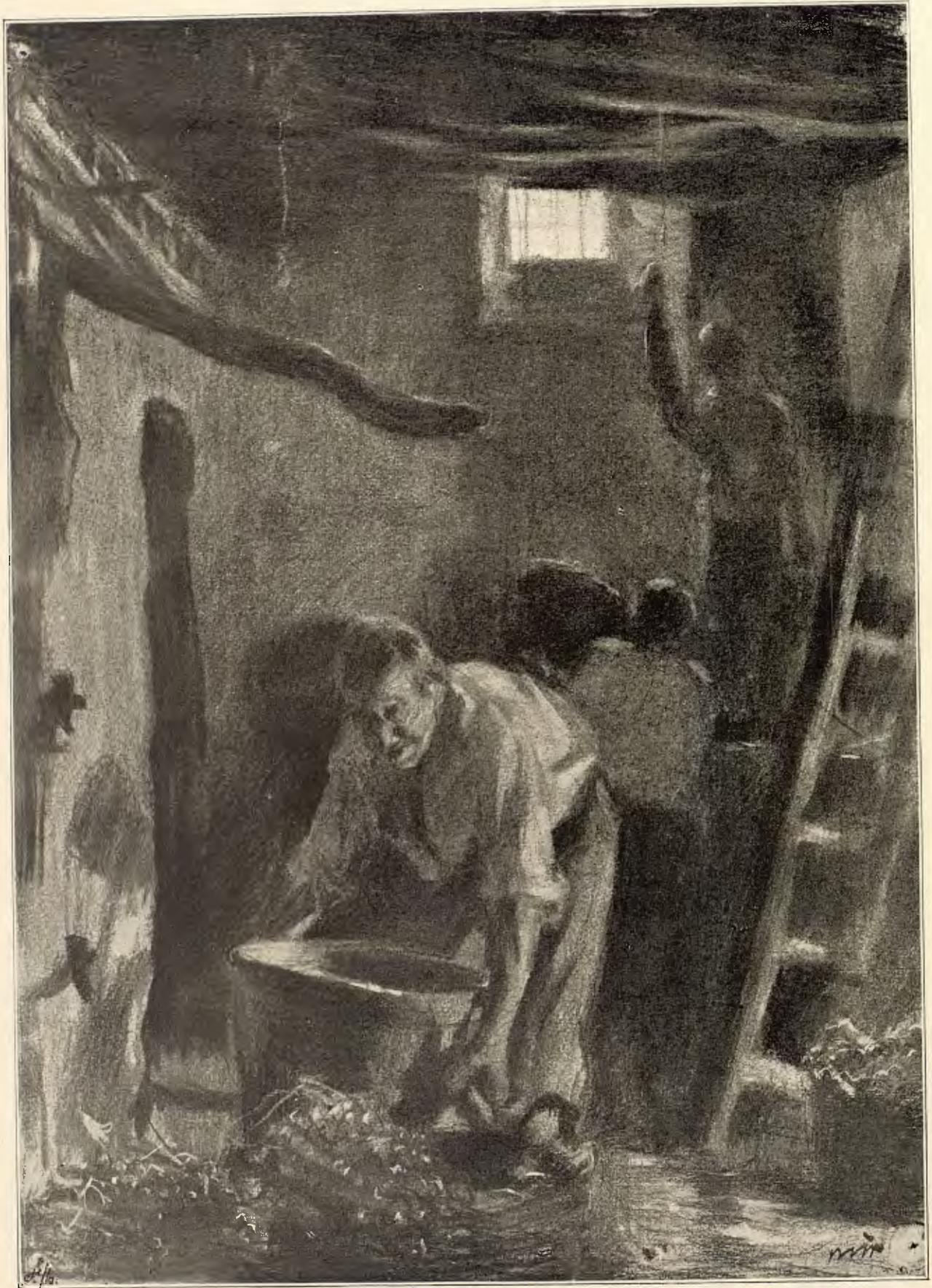
— Pues, además de ser verdad, no dudes de que lo parece. Lo que hay es que á mí no me has visto en muchos años, mientras que tú te has estado mirando todo ese tiempo al espejo diariamente. Yo te resulto viejo de pronto, y tú has envejecido lo mismo, aunque sin notarlo. Pero fíjate bien, porque yo, además de ser yo, soy ahora un verdadero espejo tuyo.

* * *

Dan las 12 de la noche del 1.º de Noviembre. La tensión nerviosa que me produce mi trabajo de todo el día me tiene cuasi desvelado. Paréceme oír las discordes notas del violín en la famosa *Danza macabra* de Saint-Saëns, y chocar de huesos y voces estridentes que cantan :

Chacas, chacas, chas,
Tú envejecerás;
Chacas, chacas, chas,
Y aquí pararás;
Chacas, chacas, chas,
Por siempre jamás;
Chacas, chacas, chas,
Como estuve estás;
Chacas, chacas, chas,
Lo que soy serás;
Chacas, chacas, chas,
Hodie mihi, mihi;
Chacas, chacas, chas,
Tibi, tibi cras;
Chacas, chacas, chas,
Chacas, chacas, chas!!!

ANGEL AVILÉS



J. MIR.—TRASEGANDO



1. MIR. — VENDIMIA



IMPASIBLE BONDAD



ABÍA terminado la cena. Los camareros no dejaron sobre la mesa sino las cajas de cigarros y las botellas de distintos licores de buenas marcas que debían favorecer la digestión con su alcohol refinado, impregnado de diversos perfumes que recordaban vagamente los de las frutas de que eran la quintesencia. Algunos de los comensales, con el rostro congestionado y medio entornados los ojos, saboreaban los placeres de la digestión, sintiendo cómo su sangre corría más rápida, y estaban como amodorrados, ni más ni menos que las serpientes después de una abundante comida. Otros, por lo contrario, sentíanse en vena de hablar y se entregaban á las delicias de una discusión que enardecía los ánimos y satisfacía el hambre de los espíritus, no menos imperiosa que la que hace contraer el estómago.

Como todos los que estaban reunidos alrededor de la mesa eran hombres de talento, y de instrucción vastísima la mayoría de ellos, su conversación resultaba agradable y salpicada de esos rasgos de ingenio que raras veces brillan, con la espontaneidad que les da más valor, fuera de ocasiones semejantes, que es cuando se pueden decir las enormidades de mayor calibre sin que alguien se ofenda al oírlas.

— Tengo para mí,—decía uno,—que el hombre egoísta, incapaz de realizar lo que se llama una buena acción en favor del prójimo, no es digno de vivir en una sociedad donde el altruismo ha de acabar por ser dueño y señor absoluto, si se quiere que alcancemos la perfección tras de la que corremos todos, como lo hicieron antes nuestros antepasados.

— Razón tienes de sobra; pero eso me lo sabía yo de memoria hace muchos años.

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

Uno de los que no habían despegado los labios hasta entonces, se echó al colete un gran trago de kummel y replicó:

— Pues no os quejaréis de mí si contradigo esas teorías que os parecen la última palabra del adelanto moral y que profesáis con tan rara unanimidad.

Todos se aprestaron á escuchar, porque el que había tomado la palabra pasaba por ser uno de los hombres más inteligentes de su época y que jamás aceptaba sin contraste nada de aquello que á juicio de la mayoría era verdad inconcusa.

— Conste que por esta vez,—prosiguió diciendo el orador,—no hablo por mi propia cuenta, y que, si las teorías que exponga os parecen raras y atrevidas, se debe únicamente á que he conocido á un hombre que pensaba lo contrario que todos vosotros acerca de la bondad y del altruismo. Antes de trabar conocimiento con ese hombre compartía también vuestras ideas: después que le hube tratado y supe apreciar lo que valía, pensé de muy distinto modo.

Hace tres años, necesitando calmar mis nervios y regenerar mi sangre empobrecida por esos excesos de trabajo á que nos obliga la lucha por la vida, fuí al campo. No marché, como podéis comprender, á una de esas playas donde uno se codea con la misma gente que en la ciudad y donde es preciso atenerse á las mismas reglas de etiqueta que en los salones y hoteles. Tomé el tren, que me dejó al pie de los Pirineos, y, montando á lomos de un poderoso mulo, atravesé montañas y prados, vadeé ríos, sorteé precipicios, conocí el vértigo de las alturas y la impresión deprimente que sobre nuestro espíritu ejercen esas cañadas majestuosas y horribles á la par donde toman origen los ríos que después fertilizan las llanuras y son manantial de vida para las plantas; vida esplendorosa que brota de lo obscuro entre combates y dificultades, como el espíritu del hombre toma ser entre la oscuridad y las impurezas del claustro materno.

No diréis que de cuando en cuando no sé hablar como lo hacen esos oradores que encantan al vulgo.

— ¡Ea! Despotrica de una vez, y sepamos lo que piensa tu desconocido.

— Á eso voy. Después de dos jornadas de diez horas

cada una, mi guía me llevó á una aldea misérrima situada en la falda de una montaña abrupta. Un río caudaloso bullía cien metros más abajo, encajonado entre dos murallas de granito que contenían su caudal. Entre la aldea y el río había una faja de tierra de labor, en pendiente; más allá un bosque de abetos; al otro lado del río, otra montaña de desmesurada altura, cubierta por entero de una vegetación primitiva; á la espalda, más bosque; hacia el norte, una angosta cañada por donde llegaban las aguas del río; y, por último, muy al sur, á una hora ó más de la aldea, las montañas dejaban sitio al río, que se explayaba á sus anchas, regando una vega fértil, aunque reducida. Para llegar á ella había que seguir un estrecho sendero que bordeaba el precipicio en cuyo fondo corría el río.

Aquel camino seguía yo cada mañana y cada tarde, pues no me sentía con fuerzas para escalar las montañas. Llegado á la vega, la atravesaba en toda su extensión é iba á tenderme bajo un grupo de pinos centenarios que marcaban la frontera de nuevos montes y otros precipicios.

Mi patrona me llevó un día á la casa de un vecino para hacerme conocer á un *señor* que, como yo, había sido ciudadano, pero que desde cuatro ó cinco años antes vivía en aquella aldea completamente retirado, sin recibir visitas ni cartas y sin llegar jamás, en sus excursiones, hasta la villa que era cabeza del partido judicial de aquel rincón de mundo.

De buenas á primeras, no pareció muy satisfecho mi desconocido de la visita que le hacía. Pero, hablando hablando, llegamos á estimarnos, y en lo sucesivo hacíamos juntos las excursiones por la montaña ó por la vega. Era mi camarada un hombre de cuarenta á cincuenta años, fuerte y ágil. Sus facciones, regulares y acentuadas, sólo adquirían expresión al hablar. En silencio parecían cortadas en el granito rojo de los montes. La frente era despejada y revelaba inteligencia y una voluntad poco común.

Jamás me preguntó una palabra de lo que ocurría en el mundo que voluntariamente había abandonado. Por lo mismo no encauzaba yo la conversación por tales caminos. Hablábamos de generalidades, de sociología, de arte, de derecho (objeto de burla para él), de medicina; de una porción de cosas que demostraban la vasta erudición de aquel hombre, al que reconocí desde mi primera entrevista una superioridad abrumadora. Sus juicios y sus ideas, que parecían venir de muy alto, pesaban sobre mi espíritu con igual majestad que las montañas sobre valle. Supe que en su juventud había sido gran cazador, gran jinete y nadador incansable. En cambio, como sabéis, no poseo yo ninguna de esas habilidades.

Paseábamos una tarde por la vega, departiendo no sé sobre qué asunto, cuando de repente advertí que mi interlocutor miraba con fijeza hacia el río. Un hombre había caído, ó se había tirado, y las aguas le arrastraban. Mi compañero podía salvarlo indudablemente. Pero, inmóvil, como hipnotizado, con el ceño fruncido, brillantes los ojos, no hacía ademán de volar en socorro del desdichado.

— ¿Qué hace V. ? — pregunté.

— Nada, — replicó; — miro ese drama.

— Pero este hombre va á perecer y V. puede salvarle...

Mi compañero no contestó. Más fijamente que nunca miraba al punto donde las aguas se habían tragado su presa. El hombre se había hundido. La catástrofe quedaba consumada.

Instintivamente me aparté de aquel hombre pronunciando frases de acerba reprobación. La impasibilidad con que había presenciado aquella desgracia me causaba invencible repulsión. Marché hacia el pueblo. El hombre permanecía quieto en su sitio. Medio kilómetro escaso había andado cuando sentí detrás de mí un paso acelerado y firme. Apreté el mío, pues no quería la compañía de aquel hombre. Á los pocos pasos me había alcanzado, sin embargo, y me dijo con una rudeza que me produjo honda impresión, así como su voz concentrada y dura:

— Es V. un niño todavía. Cree V. que yo tenía deber de salvar á ese hombre. No. Ni siquiera me asistía el derecho de hacerlo. Cuando conozca la vida como yo, pensará V. de distinta manera. Cada cosa, cada ser, tiene un destino. ¿Quién es un hombre para arrogarse el derecho de cambiar esos destinos? ¿Quién le ha dado permiso para substituir á la Voluntad y á la Fuerza que todo lo dispone? El acontecimiento más fútil en apariencia es origen de nuevas causas. La impresión más tenue no se recibe sin que quede huella. Cuando un hombre muere es porque su vida ya no podía ser útil y sí un elemento perturbador. Hay más bondad en dejarlo perecer que en salvarlo. Contrarrestar las leyes naturales es exponerse á represalias sangrientas.

Decía todo esto mirando á lo lejos y como teniendo ante los ojos una visión tremenda. Sus facciones, tan inmóviles durante aquella catástrofe, estaban ahora convulsas.

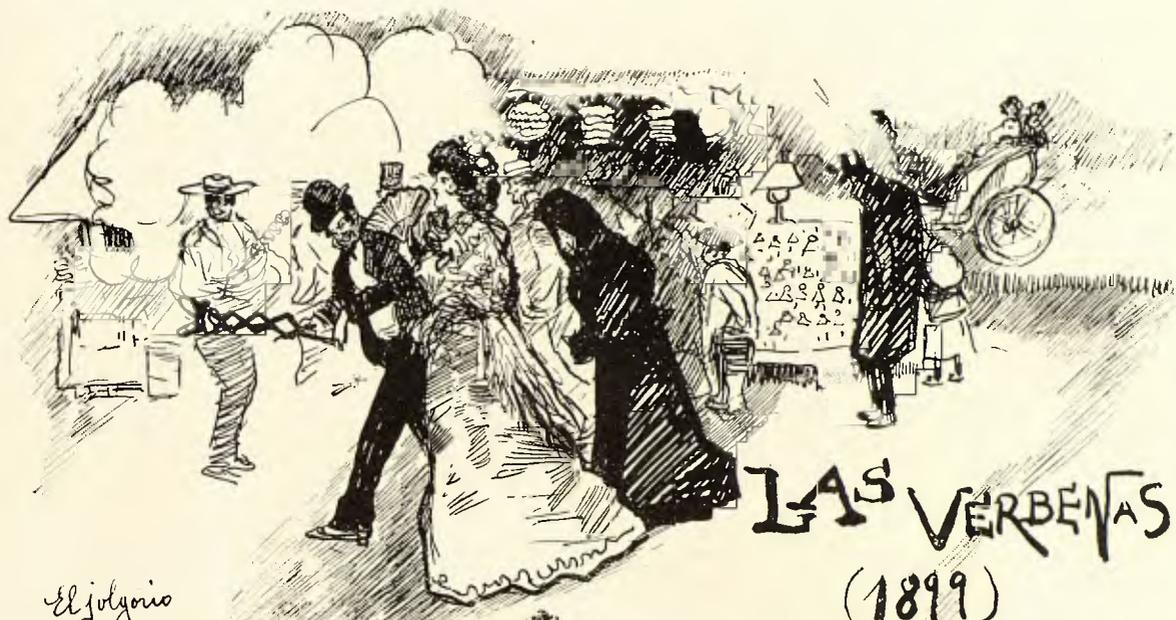
— Yo también había pensado como V. y sentía lo que llamaba impulsos generosos. Pero el desengaño llegó abrumador. Un día salvé con peligro de la mía la vida de un hombre. Este hombre provocó una guerra en la que murieron millares de infelices y quedaron asoladas comarcas enteras. De aquella espantosa lucha yo era el causante, y sobre mi conciencia cayó el peso. Otra vez salvé á una mujer, y esa mujer llevó la deshonra y el crimen á mi hogar, antes apacible. La bondad consiste en mirar impávido cómo pasan hombres y cosas. Un hombre ha muerto, pero la humanidad vive y cumple su evolución inacabable. ¡Paz al muerto, — añadió con acento solemne aquel extraño filósofo, — y tregua para los vivos!

Amanecía. Pálidos por la velada y quizá por lo que acababan de oír, todos los trashedores abandonaron el restaurant y fueron á terminar en la cama la digestión de la copiosa cena, en tanto que, con la tripa vacía, pesado el paso, macilentos los rostros, un ejército de obreros iba á encerrarse en los talleres para cuidar, máquinas humanas, las más preciosas de hierro que cumplían un trabajo tan incesante como inútil.

A. RIEFA







LAS VERBENAS (1899)

El jolgorio



El baile



Marin

Consecuencias del vino



En nuestro propósito de que en las páginas de HISPANIA consten, por lo menos, los nombres de todos nuestros compatriotas contemporáneos que se distinguen, por sus conocimientos y méritos propios, en literatura, ciencias y artes más ó menos bellas y más ó menos útiles, publicamos hoy la fotografía, á caballo, del Teniente Coronel del arma de caballería, Profesor de la Escuela Superior de Guerra, D. Juan Valdés Rubio, que en el arte ecuestre ha llegado, indiscutiblemente, á ocupar el primer puesto; y no nos atreveríamos á emitir esta nuestra idea si no estuviera robustecida y confirmada por la valiosa opinión de sus discípulos sobresalientes, que hoy son sobresalientes maestros, los que reconocen, y se enorgullecen al decirlo, que no hay ni ha habido en la Península Ibérica ninguno que se aproxime siquiera á él en la práctica, y ni muy remotamente en conocimientos teóricos.

Para probar lo dicho basta con examinar detenidamente y con conocimiento de causa la fotografía, y se verá que, hallándose el caballo en el periodo álgido del salto y aun con la parte anterior

de la columna vertebral más elevada que la posterior, está el jinete con la cabeza elevada, la vista algunos kilómetros más allá del salto, las rodillas clavadas, más que pegadas, á la montura, el asiento lo mismo que éstas, las piernas en contacto completo con el caballo, la vertical que pasa por los hombros detrás de la que pasa por las caderas, y la que pasa por los talones más retrasada que la que pasa por las rodillas; en una palabra, está en el máximo de corrección.

Los factores que más perjudican al jinete son el tener mucho peso y mucha estatura, y ambas propiedades concurren, desarrolladas en alto grado, en el Sr. Valdés; razón por la cual, al preguntarse sus discípulos «¿Qué sería capaz de hacer nuestro maestro si pesara 20 kilogramos menos y tuviera 20 centímetros menos de estatura?», se contestan: «No podemos alcanzar á comprenderlo. Nuestro maestro es la excepción que confirma la regla sobre el peso y la estatura, pero hay que convenir en que es una excepción excepcionalmente excepcional.»

LOS BAÑOS DE LUZ ELÉCTRICA

En Alemania se ha establecido como agente terapéutico el baño de luz eléctrica, ó sea la exposición sistemática del cuerpo humano á los rayos del arco voltaico. El principio es el mismo que los de los baños de sol ordinarios; pero la ventaja que, según parece, tienen los eléctricos es que la luz está siempre disponible, que se puede regular según las fuerzas del enfermo y el grado de la enfermedad, que las bacterias nocivas que haya en el cuerpo se destruyen con mayor rapidez que con la luz solar y que la acción en el corazón es muy escasa. Los baños se administran en una caja cubierta por dentro de espejos, en la cual se sienta el paciente completamente desnudo, sobresaliendo la cabeza por un agujero en la cubierta de la caja. La sensación que se experimenta es de un calor agradable que va aumentando ligeramente y que produce al poco tiempo un sudor copioso, afirmándose que se han efectuado curas, ó conseguido por lo menos grande alivio, en enfermedades tan graves como la gota, el reumatismo, la nefritis, el asma, los catarros crónicos, las enfermedades de la piel y de los nervios.

DESARROLLO DEL TELÉFONO

Apenas se han cumplido veinticinco años desde que se empezó á hacer uso del teléfono, y su desarrollo es portentoso.

Según el *Scientific American*, hoy existen en el mundo entero 1.300,000 estaciones telefónicas, representando la longitud de sus conductores más de 2.500,000 kilómetros.

Cuentan los Estados Unidos con 773,000 estaciones y 1.330,000 kilómetros de alambres. Alemania, en Europa, es la nación que posee más estaciones, pues tiene 150,000; Inglaterra, 70,000; Suecia, 56,000; y Suiza, 30,000. Francia, incluyendo Argelia y Túnez, se envanece con 20,000 estaciones telefónicas.

Los conductores eléctricos

como causa de difusión de enfermedades

No se puede pensar en todo. Las Compañías de electricidad, que ponen, ó al menos deben poner, todo su cuidado en aislar perfectamente los hilos para suprimir los peligros de incendio y otros, no sospechaban que estos hilos son capaces de conducir, no solamente la electricidad, sino también enfermedades infecciosas.

El mecanismo de esta imprevista transmisión es bien sencillo.

Ocurre á menudo que el cable principal, para pasar de la calle á la casa en que se ramifica, va metido en un tubo cuyas extremidades y secciones quedan abiertas. En invierno, la temperatura más elevada del interior provoca corrientes en estos tubos que ponen en comunicación las casas de una calle ó las habitaciones de una misma casa. Por consiguiente, las enfermedades que, como por ejemplo las eruptivas, se pueden contagiar por descamaciones

del enfermo, pueden por este camino propagarse de vivienda en vivienda. El peligro no es solamente teórico: un periódico de medicina inglés cita un caso en que la enfermedad ha entrado por este camino. El remedio es fácil de hallar: basta tapar la entrada de los tubos con una sustancia antiséptica.

LUCES DE BENGALA GIGANTESCAS

Como puede presumirse tratándose de algo que sale de lo ordinario, estas luces se han quemado el 4 de Julio en los Estados Unidos, es decir, con motivo de la fiesta nacional americana. Se encendieron en la cumbre del Pike's Peak y se componían de 1,500 libras (de 453 gramos) de pólvora azul y encarnada. Trens enteros de excursionistas acudieron á ver aquella luz de Bengala poco común, que ardía á 4,500 metros de altura. Esta iluminación, formidable por todos conceptos, se divisó desde Denver, ciudad situada á 120 kilómetros por el norte, y desde Pueblo, á 72 kilómetros por el sur.

CINEMATÓGRAFO PARA CIEGOS

Este título podrá parecer extraño y sin embargo es exacto. Un físico ginebrino, M. F. Dussaud, acaba de inventar un cinematógrafo que no puede llevar otro nombre. Como los ciegos *ven* con los dedos, dicho físico ha tenido la idea de recurrir á su sentido táctil para inculcarles la noción del movimiento, y la ha realizado de un modo muy sencillo. Hace desfilas por sus dedos *relieves movibles* que representan las fases sucesivas de un fenómeno cualquiera, por ejemplo, el vuelo de las aves, y de este modo logra darles la ilusión de ellos.

COMPOSICIÓN DEL AIRE

El doctor Bouna, en una comunicación dirigida á la Sociedad de Artes de Génova, ha presentado el balance de los elementos químicos que se han descubierto y caracterizado en el aire atmosférico.

Hasta 1895 se consideraba el aire como exclusivamente compuesto de dos gases, oxígeno y nitrógeno ó ázoe; pero entonces Ramsey y Raleigh descubrieron el *argón*, y luego, puestos sobre la pista de los descubrimientos, indicaron en 1898 la presencia en aquél del *neón*, del *nyptón*, *mitargón*, *xenón* y *helión*.

Al mismo tiempo, Crooke ha descubierto el *monium*, mientras que Curie encuentra el *polonium*, el cual tiene un poder radiante invisible, análogo al de los rayos Roentgen, y señala el *coronium*, cuya presencia, comprobada en la atmósfera del sol, es fácil percibir en las solfataras del Vesubio. Tal vez las erupciones de este volcán, vistas desde el sol, serían parecidas á las manchas de este astro vistas desde la tierra.

Brush acaba también de caracterizar el *eteriom*, que es diez mil veces más ligero que el hidrógeno y cien veces mejor conductor del calor que él. Algunos le han confundido con el vapor de agua.

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60